

Ser mirlo está de moda

Era uno de esos días fríos en los que el humo del pueblo poco dejaba ver por la ventana. Pero igualmente ahí estaba yo, sentada en el piso mirando al gran ventanal, esperando que mi amigo volviera una vez más a posarse en el cerco de madera. Y así fue, ese pequeño mirlo negro azulado, que me había inspirado días anteriores, descendió con gracia y se posó mirándome fijamente, intentando descifrar por qué ese ser lo analizaba cada día con cuaderno en mano, encerrado en un marco de cristal. Pero yo sí que lo sabía.

Tomé un lápiz y continué con mi proyecto, varado del día anterior al irse mi musa natural. Debo de haber estado media hora perfeccionando mi bosquejo antes de oficialmente terminarlo. Me dolía el cuello y tenía las piernas entumecidas, aun así, no me paré. Debía mostrarle mi nuevo diseño a quien lo había inspirado. Pegué el cuaderno al vidrio y este atrajo al pequeño mirlo como si fuera un imán. Lo observó un momento sin mover una pluma, de la misma forma que hace un crítico al ver una obra de arte. Pero su reacción no fue la esperada, si es que se puede esperar reacción de un pájaro. Retrocedió a tropezones, impactado, y sus ojos me miraron con una mezcla perfecta de advertencia y culpabilidad. Mi amigo se fue revoloteando atontado hasta perderse en el humo, dejándome sola con el cuaderno y su expresión grabada en la mente.

Quedé atónita, sin poder mover ni un solo músculo, sentada en el ventanal viendo cómo el cerco iba y venía en la humareda. Así estuve el resto del día hasta llegado el anochecer, cuando una silueta cruzó el portón del recinto. Al verla, supe inmediatamente quien era. Corrí a la entrada con una sonrisa en los labios, todos mis problemas, reflexiones e inquietudes parecieron desaparecer como el cerco había hecho constantemente en el día. Al llegar a la puerta intenté ocultar mi alegría empapando mi cara de seriedad (aunque probablemente sin mucho éxito) y abrí la puerta.

– Buenas noches, señorita Robinson – dijo Marcos cordialmente. Era un chico de 19 años. No muy alto, pero el atractivo de su rostro anulaba cualquier desperfecto que uno pudiera encontrar. Sus ojos marrón oscuro me miraban fijamente mientras

su cabello ondeaba y relucía a la luz de la luna. Aunque yo sabía que era de un tono café, en la oscuridad de la noche se contemplaba negro con leves brillos azulosos, igual al de las plumas del mirlo. Al notar esto no pude evitar pensar en lo ocurrido durante el día, la expresión del pajarito al ver el bosquejo y la inquietante forma en la que me había mirado. Intenté apartar ese pensamiento de mi cabeza, ese pájaro ya me había hecho desperdiciar mi día, no iba a dejar que ocurriera lo mismo con la noche.

– Buenas noches, Marcos – respondí al saludo. No pude aguantar más la seriedad. La sonrisa oprimida volvió a aparecer en mi rostro, mis brazos rodearon automáticamente su cuello y mis labios lo besaron.

Lo invité a pasar y charlamos largamente en uno de los sillones de la sala. Al entrar, la tenue luz de la habitación devolvió a su pelo el tono castaño, detalle que trajo paz a mi mente.

A Marcos lo conocí hace tan solo dos semanas, en la plaza central del pueblo, pero en el momento que lo vi supe que lo amaba. Él sintió lo mismo, pues no tardó en invitarme a salir. A los dos nos gusta diseñar ropa, claro que a él se le da mejor. La empresa de moda más grande de la región ya le había comprado cuatro de sus diseños para entonces. “Solo es cuestión de tiempo para que te los compren a ti, en dos años más serás tan exitosa como yo” me decía él cada vez que el tema salía a colación. Pero yo no estaba tan segura de eso, mis bocetos, aunque muy finos y atractivos, siempre tenían mi marca, mi percepción. Los de Marcos eran novedosos, distintos unos de otros, como si al terminar uno se borrara la memoria y comenzara otro como una nueva persona, totalmente distinta de la anterior.

– ¿Has trabajado en algo nuevo? – me preguntó mirándome con esos hermosos ojos. Desde que se enteró que me gusta diseñar ha hecho constantemente la misma pregunta. Esta siempre nos decepcionaba a los dos, pues o no hay nada que mostrar o es un dibujo terrible que carece de creatividad. Pero esta vez era diferente, le conté mi inspiración en el mirlo (que le tuve que describir pues él aseguraba nunca haber visto uno) y todo mi proceso creativo. Omití la parte en la que el pájaro se indignaba al ver mi creación, pues mientras más tiempo pasaba

más absurdo me parecía. Un ave no reflexiona ni se expresa con la gente, no critica arte ni advierte sobre el futuro cercano ¿verdad?

Fui corriendo al ventanal en busca de mi diseño. Tropecé con la alfombra en el camino, pero no me importó. Estaba tan emocionada que cualquier cosa que me pasara no me afectaría. Llegué por fin a mi destino, tomé el cuaderno y corrí devuelta a la sala de estar. Le entregué mi idea a Marcos, quien la observó como lo haría un crítico, como lo hizo el mirlo. Había tantos parecidos entre él y ese pájaro que ya me empezaba a inquietar. Por lo menos su reacción no fue la misma, de hecho, fue mucho más alentadora. Al entregárselo le brillaron los ojos, aunque por experiencia eso podía significar muchas cosas. El veredicto fue dicho en palabras.

– Es el mejor que has hecho hasta la fecha – dijo cariñosamente – Es... Es indescriptible. Hermoso, simplemente hermoso.

Normalmente no recibo halagos por mis creaciones, por lo que no pude evitar sonrojarme.

– Podrías ir a venderlo a la empresa en la ciudad, con solo verlo te aseguro que lo compran – continuó él. La idea era disparatada, no cabía duda, pero tenía tantas ganas de que fuera cierto que toda la película pasó por mi cabeza. Solo había un pequeño detalle.

– Bueno, no tengo cómo ir a la ciudad, mis padres estarán en Santiago hasta la próxima semana, pero supongo que puedo esperar hasta entonces – repliqué sin mucho ánimo. La verdad es que no me entusiasmaba esperar ni un segundo más. Un sí o un no inmediato, eso es todo lo que quería. Afortunadamente, Marcos intervino.

– Yo tengo que ir a la ciudad mañana, podría pasar a dejarlo en tu nombre. Solo si quieres, claro.

– Sí – dije inmediatamente, antes de que cambiara de opinión – digo, me encantaría.

– Thalia Robinson, la diseñadora de mayor prestigio del sur – proclamó Marcos en la puerta antes de irse. Se despidió con un beso y se fue con mi diseño en la mano.

Pensé que no me podría dormir, pero en cuanto me acosté mis ojos se cerraron.

Soñé con un mirlo, supongo que mi obsesión con el ave había llegado al punto de perseguirme en sueños. El pajarito nacía de un cascarón pálido con pintitas color ladrillo, a su lado había otros dos huevos azules, distintos al suyo. De estos nacían un par de polluelos de chincol, a los que él empezaba a picotear al instante. Pasaba el tiempo y los tres pollitos crecían, criados por una madre chincol. El mirlo acaparaba la comida, maltrataba a sus supuestos hermanos y recibía toda la atención de la madre. Al final, solo quedaban el mirlo, ya maduro, y su vieja cuidadora. Ya siendo adulto se iba en busca de una pareja, la que después ponía su huevo en el nido de otro chincol, repitiendo la historia.

La conmoción me despertó ¿Qué les había pasado a los polluelos de chincol? La respuesta era poco alentadora por lo que traté de no reparar en ella. Lo importante era que ese vil animal se aprovechaba del resto a toda costa. Y yo que lo admiraba tanto, lo había considerado mi amigo y él me había traicionado. Me corregí al instante; el pajarraco no me había hecho nada malo a mí, es más, fue la inspiración para (quizás) mi mayor éxito. Supongo que por muy malo que fuera en el mundo, seguía siendo mi amigo.

Me vestí y bajé las escaleras para instalarme en el ventanal ¿Cuánto había dormido? Definitivamente era pasado de medio día. En el camino saqué un pan de la despensa a modo de desayuno-almuerzo y me senté en el suelo mirando hacia el cerco. No estoy segura de a quien esperaba, si a Marcos o al mirlo, la cosa es que llegaron los dos casi al mismo tiempo. El pájaro se posó en el lugar de siempre, tres segundos después Marcos cruzó el portón. El ave se puso histérica, comenzó a graznar con una mezcla de rabia, terror y desesperación, a modo de advertencia. Advertencia, segunda vez que me intenta advertir de algo, ese pájaro sabe algo importante. Pero entonces reparé en el sobre rosado que Marcos traía en la mano y el show del mirlo pasó a segundo plano. Corrí a la puerta y la abrí de golpe.

– ¡Correo para Thalía Robinson! – exclamó Marcos levantando la carta en alto.

– ¡Dame eso! – dije mientras le quitaba el sobre de las manos. Lo abrí apresuradamente y lo leí con emoción. Al terminar solo quedaba gritar – ¡Les ha encantado! El señor Winston quiere que vaya mañana para aclarar algunos detalles.

Marcos, quien me miraba inquieto mientras yo leía, pareció tranquilizarse. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

– Genial – respondió. Era una respuesta tan simple y vulgar, pero la forma en que la dijo la hacía parecer tan ingeniosa e innovadora, como si nadie me hubiera dicho eso en mi vida. Fue entonces cuando me percaté de mi situación.

– No tan genial. No tengo cómo ir a la ciudad, estoy atrapada en este lugar hasta la próxima semana – expliqué desilusionada.

– Yo podría llevarte, podemos ir en mi camioneta a primera hora en la mañana – solucionó Marcos.

Fuimos a la cocina y servimos leche en copas de vino, una extraña forma de celebrar, pero que completaba mi desayuno a la perfección.

– ¡Salud por un nuevo éxito! – brindó Marcos y chocamos nuestras copas.

El resto de la tarde nos dedicamos a bailar y festejar. Cada tanto miraba al ventanal en donde todavía estaba el mirlo, observándome con desaprobación. Pero me la estaba pasando tan bien que decidí ignorarlo, un pájaro no me iba a decir qué hacer.

Celebramos hasta ya entrada la noche. Marcos decidió que ya era momento de irse, pues grandes planes nos esperaban a ambos al otro día. Lo último que quería era que se fuera, pero tenía razón, ya era hora de descansar. Nos despedimos en la puerta y se marchó. Volví al ventanal y alcancé a ver cómo él cerraba el portón. Analicé el panorama en busca del mirlo, pero ni rastro del pájaro. Eran las diez de la noche, no sé qué esperaba.

Al otro día abrí los ojos temprano, la emoción no me dejaba dormir más. Me levanté rápidamente, me puse mi mejor ropa y me maquillé (cosa que rara vez hago). Marcos pasó por mí a las siete y media, poniendo rumbo a la ciudad. Llegamos

alrededor de las nueve, me dejó frente a una plaza, me dio indicaciones y se despidió de un beso, deseándome suerte.

En el centro de la plaza se ubicaba una fuente clásica, rodeada por bancas de madera. El suelo era de ladrillos rojos, al igual que el edificio que se elevaba por detrás. El día estaba nublado, cosa que normalmente tomo por un mal indicio, pero no iba a dejar que la superstición me detuviera hoy. Crucé la plaza y entré por la puerta giratoria a la construcción.

Adentro parecía una especie de templo griego. El piso era de mármol blanco, al igual que las paredes, en las cuales grandes ventanales iluminaban la recepción. Cuatro pilares redondos iban de techo a suelo, ubicados a ambos lados de la puerta, dando importancia a la entrada del lugar. Mesas de vidrio y arboles de grandes hojas verdes se esparcían alrededor de la enorme recepción. Al final de la sala había un gran mesón blanco con detalles dorados. Detrás de este una señora de cabello crespo y rubio tecleaba en un computador mientras hablaba por teléfono. A cada lado de la sala, dos escaleras de cristal con barandas doradas subían describiendo una curva, hasta un balcón en lo alto del lugar. El techo era una cúpula blanca con espirales doradas, por la cual entraba más luz a iluminar el lugar, en caso de que le faltara.

Caminé en dirección a la señora, procurando no apresurar el paso. Al llegar donde ella, le pregunté en donde podía encontrar al señor Winston, quien me envió la carta. Ella no pareció reparar en mi presencia, pues siguió en su conversación de enchiladas con Betty.

– Disculpe – dije nuevamente, elevando el tono para que me oyera. Esta vez sí me prestó atención, aunque con cierto desagrado.

– ¿Qué quieres? – dijo secamente.

– Busco al señor Winston, me envió esta carta – repetí tal cual lo había hecho la primera vez, pasándole el sobre rosa a través del mesón.

Ella tomo la carta, la leyó rápidamente, y me entregó devuelta el papel.

– Si crees que puedes engañar a esta empresa con una carta falsa estas en lo equivocado jovencita – me reprendió la señora.

Me quedé sin habla ¿dijo carta falsa? ¿A qué se refiere con carta falsa? Es decir, se lo que significa, claro. Pero ¿por qué mi carta es falsa?

– Winston – logré decir – quiero hablar con el señor Winston.

– Aquí no hay ningún Winston, cariño. Así que o te vas ¡O Te Vas! – me gritó la mujer.

No podía ser posible, no me la creía. Mi sueño se caía a pedazos. Pero aún me quedaba un intento.

– Me podría hacer un último favor – dije con seguridad, pues de esto no me cabía duda – busque el proyecto del mirlo en sus archivos, lo trajeron ayer a mi nombre.

Me quedó mirando incrédula por unos segundos, luego abrió un cajón del escritorio a mala gana y sacó una carpeta de papel con una gran M dibujada. Hojeó entre los diferentes bocetos hasta dar con el mío y lo puso sobre la mesa.

– Verá señorita, si quiere hacerme creer que este diseño es suyo, debió de haber intentado de otra forma. Esta creación se la compramos a Marcos Montoya el día de ayer. Ahora lárguese ¡Guardias! – gritó apuntándome con su dedo. Quedé estupefacta. Alguien había arrancado mi firma, se notaba que faltaba un pedazo en el papel. Una nueva letra se lucía en la hoja “Marcos Montoya” recitaba entre líneas y vueltas.

– No se preocupe, ya me voy – logré decir y me fui corriendo de ese lugar. Hubiera dado un portazo de no ser por la puerta giratoria, que no permitía esa opción.

Las piernas me flaquearon, mis ojos estaban a punto de desbordarse en lágrimas y mi sueño se había hecho añicos. Me logré sentar en una de las bancas que rodeaban a la fuente y rompí en llanto. Ese vil hombre se había aprovechado de mi trabajo. Yo lo había amado profundamente y aun así él me había traicionado. ¿Pero por qué me dio el sobre? Podría haberse robado el dibujo y simplemente haber desaparecido, como hacía cada cosa en el humo frente a la ventana de mi hogar.

La desilusionante respuesta llegó a mi mente y me di cuenta del plan perfecto que Marcos había armado. Yo había entrado en la empresa, armando un gran escándalo. Podían decir perfectamente que era una farsante, dándole todo el crédito de mi trabajo a ese ladrón. Tenía conocimiento pleno de lo ocurrido y sin embargo no podía hacer nada al respecto. En caso de querer acusarlo carecía de pruebas en su contra, que le falte la esquina a la hoja no evidencia que sea de mi propiedad. En cambio, él me podía inculpar de loca con la secretaria como testigo. No puedo creer que fui tan estúpida, pero probablemente no era la primera víctima que caía en su trampa. Eso explicaba por qué sus diseños parecían hechos por distintas personas; eran de distintas personas.

Estando en la banca, un mirlo se posó a mi lado. No era cualquiera, sino mi amigo, quien me visitaba cada día en el ventanal de mi casa. Al verlo recordé cómo el ave había intentado advertirme sobre lo que iba a ocurrir desde un principio, el mundo entero me indicó que Marco se traía algo entre manos, pero me negué a escucharlo. Y al pensar en los mirlos, el sueño de hace dos noches volvía a mi cabeza. Ese en el que el amor de una madre le impedía ver la realidad de sus hijos, en la cual el anómalo se deshacía de sus hermanos. Y al recordar esto no pude evitar compararlo con mi propia situación, en la que mi amor a Marcos me impidió ver sus verdaderas intenciones, con las cuales terminó por robar mi más preciada creación. Al final de todo, por querer inspirarme en el mirlo, tuve que tragarme todo el cuento.

Miré a mi alrededor, calmándome finalmente. Un chicol era seguido por dos polluelos, uno igual a su madre y el otro un mirlo. Lo mismo ocurría con una loica y una diuca. En la plaza había más gente en las bancas. Aunque mucha conversaba y reía, había otras que lloraban de la misma forma en que yo había hecho. No tenía cómo saber la causa, pero algo me decía que una situación similar a la mía les había ocurrido.

– Las personas no son tan diferentes de los pájaros, después de todo – le dije a mi querido amigo – Supongo que ser mirlo está de moda – y una leve sonrisa recorrió mi rostro.

Noni